

ECONOMIA, RESPONSABILIDAD Y NECESIDADES HUMANAS

Rayén Quiroga Martínez*

Si examinamos los resultados del quehacer económico, sin duda concluiremos que nos encontramos ante un estrepitoso fracaso. Por motivos distintos, tanto en los países que llamamos desarrollados como en los nuestros, el proceso de expansión técnica-económica ha producido efectos deshumanizantes que han lesionado profundamente el espacio que sustenta la vida humana y la dignidad de las personas.

La humanidad en su conjunto está pagando un alto costo por el "éxito" de las economías del Norte. Su proceso de crecimiento económico, si bien ha logrado mejorar el nivel de vida a nivel material, ha tenido efectos negativos ampliamente discutidos. Por ejemplo, el incremento de la movilidad laboral entre distintas localidades geográficas produce constantemente en el individuo situaciones de aislamiento y sentimientos de soledad porque le desarraiga de sus orígenes familiares, sociales y espaciales. Por otro lado, le impone una vida dedicada a la rapaz competencia y al abandono sistemático de los rasgos de solidaridad humana. El progreso material que no se acompaña por un ideal humano y por una contraparte espiritual no permite que el individuo ni la sociedad

* Profesora e investigadora de la Escuela de Economía del INTEC, integrante del EQUIS y directora del proyecto Desarrollo a Escala Humana en la Facultad de Ciencias Sociales del INTEC.

se desarrollen plenamente, de donde surgen irremediablemente síntomas de deterioro social y humano como el uso de la violencia y el abuso de las drogas.

Por su parte, la falta de desarrollo mínimamente equitativo sostenido, ha marginado a la mayoría de los habitantes de América Latina incluso de los beneficios materiales de la expansión. Lo anterior se ha agudizado al compás de la crisis de los ochenta, cuando contingentes enteros se han precipitado hacia la miseria extrema. Experimentamos también incrementos en los niveles de violencia y todo tipo de prácticas evasivas.

Las definiciones tradicionales de economía la relacionan con el proceso de selección de recursos escasos (materiales, tecnología, etc.), entre usos excluyentes (líneas de producción), con el fin de satisfacer las infinitas necesidades humanas (mediante la maximización de la utilidad del consumidor y de los beneficios empresariales). De esta manera se establece teóricamente que el proceso económico **está estrechamente ligado a la satisfacción** de las necesidades humanas, de donde podemos llegar hasta el concepto de felicidad.

Ahora bien, es oportuno preguntarnos quién realiza este tipo de decisiones económicas. La ciencia económica que conocemos comenzó a construirse con los inicios del capitalismo europeo. Desde entonces, las decisiones de qué, cómo, cuánto, cuándo y para quién **producir** han sido tomadas por uno de los dos dioses mayores de la teología económica, a saber, el Estado y el Mercado, ambos omnipotentes y representativos de la humanidad. El ser humano, aquel que es supuesto centro del quehacer económico, ha sido marginado a un papel de eminente pasividad, al tiempo que los sacerdotes de la economía se encargan de administrar los designios divinos, reflejando las cuotas de poder existente en la sociedad en que se desempeñan.

Analicemos las paradojas que existen entre la teoría, la práctica, y los resultados de la economía. Podemos adelantar la tesis de que no sólo el contenido, sino también la forma en que estudiamos, teorizamos y practicamos la economía son responsables por el fracaso de la gran empresa del desarrollo sostenido y estable.

Reconceptualización

Para comenzar con un pilar conceptual de la economía, los **recursos no son escasos** en términos absolutos. Sabemos que en el planeta

hay factores productivos suficientes para que todos viviéramos de manera más que decente. La escasez es por tanto un resultado de la forma en que se distribuyen las cosas en el planeta; es un resultado de la organización social y política humana, que desde hace demasiado tiempo se tornó necrófila: condicionando su existencia y reproducción en el ensanchamiento de las desigualdades, el desperdicio y las muertes¹ resultantes. La escasez económica no es más que un artificio del egoísmo que caracteriza a una minoría humana. La escasez es al mismo tiempo causa y consecuencia del poder, es un resultante de la violencia distributiva que casi todos hemos sentido en carne propia.

Esta forma organizativa, que en economía se traduce en esquemas productivos, distributivos y de circulación, no ha sido una opción libremente elegida, a plena conciencia, por los que habitamos en el planeta. Por el contrario, ha sido impuesta históricamente por los detentores del poder, quienes hasta ahora se han beneficiado continuamente del ordenamiento aludido. La ideología que han ido perfeccionando con el tiempo, se encargó de engendrar un marco conceptual supuestamente convincente, a partir del cual se neutralizaban los impulsos del poder societal, disfrazándolos de resultantes de decisiones técnicas agregadas por la actividad del mercado. Como es de todos sabido, el "self made man", anzuelo y mito del capitalismo desarrollado, sólo es posible si partimos de un mundo que ofrece iguales oportunidades a todos. Nada más lejos de la realidad en nuestra perspectiva actual.

De la escasez artificial y la imposición organizacional se desprende a su vez la existencia de los empobrecidos (económica, social, cultural, y políticamente), quienes prácticamente están predestinados a sufrir múltiples injusticias por haber tenido la mala suerte de nacer de familias empobrecidas y/o en el género femenino y/o en naciones subdesarrolladas. La escasez no es por tanto sólo un pilar conceptual de la economía, sino también un chivo expiatorio con que se busca redimir la violencia explotativa que se ejerce en nuestro sistema.

Dijimos al principio que la economía se relacionaba a la satisfacción de las necesidades humanas. ¿Cómo se trabaja este concepto tan misterioso como la misma existencia humana? En aras de explicar el concepto de utilidad (satisfacción), existe un clásico ejemplo (utilizado incluso por premios nobel de economía), del que han sido víctimas muchos profesionales en sus cursos de introducción a la economía. Bajo el supuesto de que dos bienes proporcionan determinados niveles de utilidad, se construye un artificio geométrico en una curva que contiene

todas las posibles combinaciones de cantidades de dos bienes analizados (cada uno en un eje cartesiano). Se dice que el consumidor se "desplaza" por una "curva de indiferencia", generalmente convexa, donde no ejerce ningún efecto sobre la satisfacción final la elección entre 10 cañones y 10 toneladas de mantequilla, o una combinación proporcional entre ambas, por ejemplo 1 cañón y 9 toneladas de mantequilla, o mitad y mitad. El consumidor se enfrenta a este tipo de decisión bajo el supuesto de que los recursos son escasos, y lo que no utilice éste lo hará aquél, o se consumirá en otro proceso. Lo único que puede provocar un cambio en la situación es un cambio en el ingreso, que hace posible que el consumidor "se traslade" hacia otra curva de indiferencia tangente a su recta de restricción presupuestaria.

Si el lector siente que no ha entendido nada del párrafo precedente, acompaña a la mayoría de personas que se enfrentan por vez primera con la "poética económica". En este ejemplo en particular, el alimento se disfraza como alternativo a la guerra, ambos capaces de proporcionar "utilidad" o satisfacción al consumidor. El estudioso, después de revisar el ejemplo reiteradamente, tendrá la sensación de haber entrado en un mundo extraño y distinto, que podrá hacerle diferente si se decide a seguir su camino. El ejemplo de la mantequilla y los cañones debería en realidad utilizarse para demostrar cómo cosas que "satisfacen" ciertas necesidades pueden costarle hasta la vida a otras personas (satisfactor aniquilador).

En realidad, los usos que se pueden dar a los recursos no tiene porqué ser excluyentes, a menos que aceptemos las visualizaciones mecánicas, lineales y separatistas legadas por Newton y Descartes; hecho que nos llevaría a negar la existencia y conveniencia del reciclaje y del uso combinado (complementario) de los recursos disponibles. Adicionalmente, resulta fácilmente demostrable la existencia de muchos recursos, a veces invisibles al racionalismo económico (como la comunicación), capaces de satisfacer múltiples necesidades (entendimiento, participación, subsistencia, etc.) al mismo tiempo.

Lo anterior nos lleva necesariamente a una discusión sobre necesidades humanas. Contrario a lo que se cree, las **necesidades humanas fundamentales** son finitas y similares en todo momento, lugar y cultura,² y no se puede establecer una jerarquía entre ellas. Por eso no podemos hablar de necesidades básicas o sine qua non, las que generalmente se refieren a la reproducción material, y de otras que serían superfluas, menos imprescindibles. Todas son igualmente necesarias y se

complementan en la práctica. Si las clasificamos atendiendo al problema existencial humano, tendríamos: Ser, Hacer, Tener, Estar y Trascender. Otra clasificación valorativa podría contener: Subsistencia, Protección, Afecto, Entendimiento, Participación, Ocio, Creación, Identidad y Libertad.

Ahora bien, la vivienda, salud, educación y alimentación son **satisfactores** para una o varias necesidades. Los satisfactores sí son infinitos y cambiantes de acuerdo a la cultura, el momento o el lugar. Utilicemos un ejemplo para ilustrar lo anterior: el hogar es un satisfactor que se relaciona con las necesidades de estar, de subsistencia y de protección; mientras que la vivienda física es un bien económico que se usa para ese fin. Los satisfactores pueden ser singulares, inhibidores, destructores o sinérgicos; de acuerdo al efecto que ejerzan sobre la necesidad particular y sobre otras áreas de la vivencia humana. El desafío consiste en privilegiar el tipo de satisfactores sinérgicos,³ los que son capaces de promover la vivencia de múltiples necesidades al mismo tiempo, sin impedir la satisfacción de otras o afectar negativamente a otros niveles.

La percepción generalizada de que las necesidades son infinitas se la debemos a nuestro sistema basado en el consumismo y el desperdicio, donde el mercado impone regular y frecuentemente nuevas modas y artefactos destinados a llenar esos "vacíos" espacios del consumidor. Así, nos inducen a creer que por más que tratemos nunca podremos satisfacer todas nuestras necesidades. Lo que realmente no podemos acabar de adquirir son los productos y servicios que nos ofrece un mercado, cuya existencia misma requiere su continua expansión.

Algo que es importante derivar en este momento es el propósito que sirve al ejercicio conceptual precedente, que no constituye un fin en sí mismo. Diferenciar entre necesidad, satisfactor y artefactos económicos implica un avance notorio hacia una economía más humana. El simple hecho de demostrar que las necesidades son finitas, y que existen satisfactores sinérgicos, nos permite un respiro esperanzador, al hacer más alcanzable la meta del desarrollo.

Retomando otro concepto clave de la disciplina, encontramos la necesidad de construir un nuevo concepto de valor. Actualmente, valor, riqueza o excedente son sólo aquellos que se canalizan mediante el mercado. Quedan excluidos, y por tanto *no retribuidos ni regulados* todos los esfuerzos productivos invisibles de la mayoría de los seres humanos de cualquier nación latinoamericana. Nos referimos al trabajo

de las mujeres, de los chiriperos, de los desempleados, de los niños, de los que llamamos "viejos". La falta de retribución proporcional en términos económicos, junto a la desprotección laboral, se relacionan íntimamente con la desvalorización social y el bajísimo nivel de incidencia política de estos sectores. El valor no contabilizado que se produce en este mundo invisible implica nivel extremo de explotación e injusticia, de la cual se hace la vista gorda el **stablishment** económico, favoreciendo su perpetuación en el sistema.

El **desarrollo**, ese proceso tan esquivo, está irresponsablemente conceptualizado, su medición es cuestionable, y su clasificación distorsionadora. Comencemos por el principio, o sea por el concepto de crecimiento, el que implica pura y simplemente un proceso de expansión de la riqueza de un país; o sea, de crecimiento de la cantidad de cosas, artefactos y servicios en un espacio determinado, haciendo caso omiso de la forma en que se **distribuye** dicha riqueza. Los economistas tradicionales entienden el desarrollo como el proceso mediante el cual la economía (medida por medio del PBI) se expande, ocurriendo paralelamente una mejora en la distribución del ingreso. Ambos procesos, de crecimiento y desarrollo, se refieren a un mayor acceso a bienes y servicios, o sea se limitan a la esfera puramente material. Los diferencia que uno aborda la preocupación distributiva y el otro no.

Las estrategias de desarrollo tradicionales no han logrado su objetivo declarado, o sea aquel que se refiere a la elevación de la calidad de vida de todas las personas que conforman la sociedad. Por el contrario, la práctica del desarrollo, como la conocemos, ha causado daños cuantiosos, diversos e incluso irreversibles al ser humano y su entorno.⁴ Adelantamos la tesis de que este fracaso se debe al **estilo de desarrollo** preponderante; a saber: gigantista, piramidal y autoritario.

A partir de la constatación del fracaso del desarrollo "por derrame",⁵ los esfuerzos (concebidos en la cúspide) por integrar a contingentes mayores de personas al proceso desarrollista no han podido revertir, a nivel global, las fuertes disparidades en función de la clase social, el género, la raza o el área geopolítica en cuestión. Por el contrario, dicho proceso ha **marginado** a grandes grupos humanos del acceso a una vida mejor no sólo en términos materiales, sino que también los ha privado de experiencias fundamentales como la creación, participación, identificación, etc. Lo anterior no sólo es lamentable en términos del individuo, sino que también constituye un desperdicio colectivo e irrecuperable de potencialidades humanas.

Como plantea Portocarrero⁶ con respecto al fracaso del desarrollismo en integrar a la mujer; la raíz del problema está en su propia nutriente filosófica liberal. No se propone una integración de la mujer a un proceso ya definido (sin su concurrencia), sino construir un camino nuevo. Agregamos que o se trata de seguir parchando un sistema obsoleto e incapaz de lograr su cometido, "integrando" variables que antes no se pensaban; sino de redefinir un **estilo de desarrollo** diferente, integral, balanceado, para todos.

El **estilo de desarrollo** Yang⁷ no sólo es el resultado de la exacerbación del individualismo y de la búsqueda de riqueza material; es también consecuencia de la forma en que estudiamos, analizamos, diagnosticamos y tratamos de resolver los problemas. En este sentido, es ya un lugar común afirmar que el proceso de especialización en las diferentes disciplinas ha generado una especie de miopía frente a los problemas que nos agobian. Nos caracterizamos por propugnar recetas parcializadas y tecnocráticas que imposibilitan de partida la formulación de soluciones integrales y participativas indispensables ante la complejidad que caracteriza las relaciones entre la tecnología, la naturaleza y la humanidad.

La demolición del aparato conceptual de la economía tradicional merece un artículo en sí mismo. Basten los ejemplos que hemos querido reseñar. Consideramos prudente ahora realizar un relato de cómo las personas se transforman en economistas, para apoyar los argumentos del párrafo precedente.

La metamorfosis ineludible: de persona a economista

El aula autoritaria no es privilegio de la academia económica. No obstante, es notorio que a medida que la teoría económica explica y contribuye menos a solucionar los problemas más sentidos de la sociedad, la tradición académica recurre a tratar de desdibujar la realidad para que cuadre con la teoría, en vez de recrear la teoría de acuerdo a los cambios rápidos y continuos en la sociedad.

Comencemos por la queja más repetitiva que oímos los profesores de economía por parte de los estudiantes al inicio de su carrera. Esta suele ser una combinación de las siguientes proposiciones: "yo odio la economía, está tan allá... no se relaciona en nada con la realidad, con la vida con lo que siento... me cuesta tanto concentrarme en lo que debo estudiar...".

Pero los estudiantes siempre se quejan, eso no debe sorprendernos. Encontrarse en una posición de falta absoluta de poder genera este tipo de catarsis consuetudinaria. Lo grave al interno de la academia es cuando los profesores nos sentimos profundamente identificados con las dudas y sensaciones de nuestros discípulos, empezamos a hacernos eco y lo discutimos con todos los otros colegas.

Los estudiantes de economía, en su mayoría preocupados por los más profundos problemas sociales, entran en la escuela tradicional y autoritaria como si fuesen a una especie de recinto militar donde las definiciones, reglas y actividades no tienen ninguna relación con el mundo de los civiles. Hay que aprender todo de nuevo⁸ y respetar la jerarquía con la esperanza de ser mandador después de escalar los peldaños necesarios. No se puede cuestionar nada. En nombre de la abstracción, se cometen lamentables cercenaciones intelectuales.

Una de las primeras cosas que percibe (a menudo inconscientemente) el estudiante es el gran poder que tiene todo economista en la sociedad. Se le dice que expandiendo el gasto público (como si fuera esa letra muerta dibujada en la pizarra) se aumenta el nivel de empleo (otra letra), y entonces hay más demanda (por los sueldos nuevos) y se estimula la producción, etc. Se le "demuestra", con símbolos y ecuaciones, que el exceso de moneda crea inflación. Las reacciones aparecen conectadas por maravillosas flechas unidireccionales, en una especie de consecución única y excluyente. De esta suerte, algunos pueden pensar que están en un curso de química o física, y no hablando de la vida humana. En el subtexto de la enseñanza de la economía, se transmite al estudiante que las herramientas económicas son técnicas, o sea neutrales, pues se trata de una ciencia con todas las de la ley.

Esto comenzó hace mucho tiempo, cuando algunos economistas se sintieron acomplejados por la falta de respeto de la comunidad científica hacia la nascente economía (que en ese tiempo se llamaba economía política), y decidieron "elevantarla" a un nivel superior, mediante la incorporación del mecanicismo matemático. A partir de entonces se habla de economía a secas. Se introduce al estudiante al cuerpo cuantitativo de la economía, mostrándole como se puede agregar la sociedad, como los individuos maximizan su felicidad en base a curvas y rayos, demostrándole que la resolución de ecuaciones simultáneas genera raíces únicas y estables. Se le dibuja luego, sobre 3 ejes como máximo, todo lo que antes se dijo y se dejó entrever. Se explica que aparte de

esas variables explicativas, todo permanece constante o es "exógeno", o irrelevante para la explicación del fenómeno bajo estudio o simulación.

Por supuesto que no tiene nada de malo recurrir a herramientas y métodos cuantitativos para apoyar y desarrollar el proceso de desarrollo científico. El problema surge cuando estas técnicas apoyan a un fundamento teórico incompleto, obsoleto, o incluso inconsistente. Los paradigmas tradicionales sólo nos pueden resultar de utilidad en la medida que entendamos y los utilicemos conscientes de sus limitaciones y alcances, mientras se construyen aproximaciones superiores a la realidad.

La imposición abusiva del mecanicismo newtoniano y del racionalismo cartesiano al estudio de procesos humanos integrales e irreversibles, como son los económicos, constituye un hecho equívoco, cuyas derivaciones son aún sentidas en carne propia. Que lo anterior haya durado tanto tiempo sin ser adecuadamente desestimado sólo se explica por el fenómeno característico de todo paradigma científico consistente en cegar a sus defensores e incluso impedirles ver la realidad por encima de los supuestos. Es en el propio proceso "educativo" tradicional de la economía que tanto la curiosidad científica (producto de la camisa de fuerza en el método), como el espíritu de servicio con que algunos llegar a la Universidad se van perdiendo, al tiempo que se adquiere una toga de alquimista o de hechicero. La manipulación de las variables económicas enciende los corazones ávidos de poder. El economista tiene en sus manos la vida o la muerte de miles y la felicidad o la tristeza de muchos. Estos elementos crean un aura de superioridad sumamente difícil de resistir si tomamos en cuenta la madurez con que cuentan los que inician su carrera. No obstante, el economista supuestamente tiene en su mente aquello que constituye la diferencia entre el ser humano y el resto de los animales: la capacidad de anteponer la razón sobre el instinto. Pero, la razón que ha estado operando en la actividad humana desde hace demasiados siglos es la razón utilitaria, y no una responsable.

Parcelización de la economía

Los economistas nos hemos convertido en los profesionales más peligrosos de la tierra. En ninguna otra disciplina los efectos potenciales del quehacer pueden ser tan directa y prolongadamente letales. Ni siquiera el neutro desarrollo científico que desembocó en la fabricación de la bomba atómica hubiera tenido las consecuencias que todos

conocernos si no hubiesen existido las motivaciones y derivaciones económicas y políticas que impulsaron y resolvieron el segundo conflicto bélico global. No obstante, nuestro oportuno dogmatismo económico se encarga de cegarnos ante nuestros propios actos.

Hemos creado, y seguimos adoptando a diario, nuestro propio idioma, el cual es por demás un misterio impenetrable para los mortales. Lo más triste de esta situación es que la deshumanización a que hemos llegado es tan grande que muchos profesionales de la economía verdaderamente disfrutaban este tipo de práctica sectaria. Nos sentimos protagonistas de una película nominada al Oscar cuando hablamos en jerga, haciendo uso de nomenclaturas cada vez más abstractas.

El lenguaje del economista es tan intoxicante que, además de crear adicción, nos impide comunicarnos con las personas. Los que hemos tratado de explicar algún problema a un "civil" sabemos lo difícil que es prescindir de lo abstracto y los supuestos, hablar en un lenguaje común, apartarnos del mecanicismo y la lógica unidireccional, para aprender a aprehender la realidad real.

Pero nuestro idioma, como reflejo de la subcultura economicista, no sólo convierte en minusválidos a sus promotores. Lo más triste es que este intento de neutralizar la economía, mediante la exacerbación de lo abstracto, ha sido completamente estéril a la hora de mejorar su capacidad explicativa ante la complejidad de los problemas actuales y, por ende, no ha sido capaz de producir una mejoría en el bienestar humano.

Recurrimos a culpar los fracasos más o menos estrepitosos de nuestros impecables modelos a una realidad esquiva, donde los políticos hacen lo que quieren, distorsionando la lógica de los "agentes económicos". Sin embargo, cuando hemos tenido pequeños triunfos en materia económica, sí reclamamos sonrientes, el crédito debido.

En el fondo de este problema que aparenta ser tan formal está la cuota de irresponsabilidad con que vivimos, en la actualidad, los economistas:

Si las políticas económicas diseñadas por economistas, afectan **totalmente** -como de hecho lo hacen- la totalidad de una sociedad, los economistas ya no pueden pretender que su única preocupación son los problemas económicos. Tal pretensión sería poco ética, puesto que implicaría asumir la responsabilidad por la acción, pero no por las consecuencias de la acción (Max Neef, et al, 1986).

Podemos agregar que el profesional de la economía ya no puede "abstraerse" de los resultados de la política económica que promueve, como proponía León Walras, el famoso creador de las teorías de utilidad marginal y de equilibrio automático, quién sostenía que "el discutir las posibilidades que se esperaba fuesen las mejores para servir al interés de la comunidad caía dentro del dominio del arte y estaba fuera del discurso científico".⁹

Por ejemplo, adjudicarle victorias a determinados programas de estabilización es un acto de suma hipocresía si no se acepta ser responsable también por sus asimétricos efectos sobre la población, los cuales hunden en la miseria e hipotecan la vida a la mayoría de los que habitan el espacio nacional.

Las patologías colectivas que generan las pobrezas humanas, entendidas como privación prolongada e intensa de sus necesidades fundamentales, no responden a curas contenidas en una disciplina en particular. Dichos remedios tampoco son aplicables a nivel individual, ya que no tiene sentido curar a un enfermo para devolverlo a un medio enfermante.

Tomemos como ejemplo el caso de una mala política y una economía mal entendida que provoca un aumento en el nivel de desempleo. Las personas que sufren desempleo prolongado pasarán por una serie de etapa emotivas (shock, optimismo, pesimismo, frustración, apatía) que representan el paso hasta el nivel más bajo de autoestima. Adicionalmente, la persona verá amenazada su subsistencia, se sentirá cada vez menos protegida, sus sentimientos de culpa pueden destruir sus relaciones afectivas, la falta de participación y espacio dará cabida a sentimientos de aislamiento y marginación, etc. Deficiencias higiénicas y alimenticias pueden amenazar seriamente la salud y la vida de la persona. Así, se ve claramente cómo un problema que se inicia en la esfera económica trasciende sus límites para convertirse en un problema social, psicológico y hasta médico. En los momentos actuales de la crisis, los problemas crecientes delineados en el ejemplo se transforman en patologías colectivas toda vez que el número de afectados es creciente, sobrepasando los límites de lo excepcional para convertirse en cotidiano.

Nos enfrentamos a situaciones desconcertantes, donde cada vez entendemos menos. De ahí que las cosas están realmente mal, y se volverán peores, a menos que dediquemos mucho más energía e imaginación al diseño de transdisciplinas coherentes y significativas. Vivimos una época de transición trascendental, lo cual significa que los cambios de paradigma no sólo son necesarios, sino que imprescindibles (Max Neef, et al, 1986).

Hace por lo menos dos décadas que los macroeconomistas nos percatamos de la incapacidad de nuestra disciplina para explicar la persistencia de la inflación, y su asociación nueva a fenómenos de desempleo continuo. Avergonzados, y también cegados, insistimos en reformar nuestra ciencia por medio de aditamentos artificiosos, sin darnos cuenta de que no encontrábamos la respuesta porque estábamos formulando las preguntas equivocadas. Una nueva economía requería de un esfuerzo por rescatar la humildad; debía partir de nuevos principios, valores y métodos; ser complementaria y abierta a otros avances del conocimiento y la experiencia humana; destruyendo la asociación de la economía tradicional con fuerzas claramente destructivas. Aquello que tantos economistas sienten que "falta" en su ciencia no está en la parcela económica, sino afuera.

Afortunadamente, estos signos de profunda crisis en el predio económico revela la cercanía del cambio, algo en lo que algunos economistas todavía creemos fehacientemente, si bien entendemos que incluso habrá que cambiar la forma del cambio.

Buscando un camino propio

Las ideas siguientes fueron motivadas por experiencias vitales alternativas de "trabajadores intelectuales" que se han enlodado los pies y cuyo compromiso con las personas se ha manifestado a lo largo de un camino tortuoso en la búsqueda del desarrollo colectivo y personal. Partimos, pues, de una diferencia fundamental con la mayoría del acervo teórico al que todos hemos tenido acceso. Queremos discutir estas propuestas como punto de partida para el debate, puesto que afortunadamente no constituyen un paradigma formal, sino un espacio nuevo en construcción.

Potenciar el desarrollo de una Era del Ying (Capra, op cit) implica la creación de espacios y protagonismos nuevos, significa hacer prevalecer la paz, e impulsar y apoyar las iniciativas desde abajo hacia arriba, permitiendo que florezcan potenciales antes invisibles. Este proceso sinérgico desata el desarrollo de todas las personas y de toda la persona.

El nuevo rumbo del desarrollo nos invita a protagonizar un proceso continuo centrado en la vivencia de las necesidades humanas fundamentales en su doble condición de carencia y potencia. La propuesta del Desarrollo a Escala Humana¹⁰ se concentra y sustenta en la satisfacción de las necesidades humanas fundamentales; en la generación de niveles crecientes de autodependencia; en la

construcción de espacios de autogestión; y en la articulación orgánica de los seres humanos con la naturaleza y la tecnología, de los procesos globales con los comportamientos locales, de lo personal con lo social, de la planificación con la autonomía, y de la Sociedad Civil con el Estado.

Este Desarrollo a Escala Humana¹¹ propone concentrar las metas del desarrollo en el proceso mismo, para que las necesidades humanas fundamentales puedan realizarse desde el comienzo y durante todo el proceso de desarrollo por medio del estímulo de satisfactores sinérgicos. El desarrollo humano implica no sólo colocar a la persona (y no a las cosas) en el centro del proceso, sino también lograr el tránsito del ser humano como objeto del desarrollo a sujeto participativo del mismo. Pensamos que el mejoramiento de la sociedad y del bienestar de las personas requiere de la participación integral de todos en el diseño, implementación y control del proceso de desarrollo. Esto es impensable en una pirámide jerárquica gigantista. Más bien se propone en espacios a escala humana.

La construcción o rescate de espacios a escala humana implica recrear las formas organizativas que pensamos existen en la esencia misma del ser social. Nos referimos a la organización de una comunidad de individuos donde se celebre y respete la diversidad, donde todos sus integrantes sientan la pertenencia y una identidad compartida, donde las personas puedan afectar, mejorar y potencia su grupo por medio de sus ideas y acciones, lo que crea un estímulo a la participación verdadera e integral. Por oposición, los espacios gigantistas alienan al ser humano de sus principios de solidaridad e impiden la realización de múltiples necesidades, provocándole sensaciones de impotencia y frustración que se tornan en distintas manifestaciones de violencia.

La autodependencia, como interdependencia horizontal, sin relaciones autoritarias ni condicionamientos unidireccionales, es un eje del Desarrollo Humano, puesto que es capaz de combinar los objetivos de crecimiento económico con los de justicia social, libertad y desarrollo personal. La armónica combinación de tales objetivos es capaz de potenciar la satisfacción individual y social de las necesidades fundamentales del ser humano.

A manera de conclusión

Es muy posible que este tipo de señalamientos sea recibido con escepticismo e incluso la burla de colegas relativamente notables. Sin embargo, creemos firmemente en que podemos contribuir a la formación

de un nuevo tipo de economista y de ciencia económica; y por eso quizá no nos detiene la resistencia de los economistas infantiles que juegan con la vida humana como si fuera un juguete inagotable.

El oficio de economista debe partir del compromiso con la nueva ética de la responsabilidad. El reto del futuro consiste básicamente en situar el análisis distributivo al centro de nuestro quehacer (lo cual es bastante más fácil que hacer arte), consolidando una economía política nueva, profundamente ecológica y humanista. Esto implica explicitar que la concentración del poder está indisolublemente asociada al ensanchamiento de todas las desigualdades económicas (entre clases, géneros, razas, generaciones y áreas geoeconómicas).

La edad no es sinónimo de ser conservador ni revoltoso. Casi siempre las crisis traen en su núcleo las oportunidades de cambio del cual se percatan los que no han enterrado los sentidos. Afortunadamente, los proyectos alternativos prenden en las personas cuya trayectoria estimula el descubrimiento y la aproximación hacia la verdad; es en cierto sentido, un proceso de encontrar al destino. Así las cosas, no nos hacemos grandes ilusiones, pero abrimos los brazos a los que sientan participar en la construcción de esta nueva utopía humana.

No se trata de percepciones y propuestas ingenuas. Existen muchos economistas admirables, profundamente humanistas, que han perdido totalmente la fe en la capacidad de reconstrucción de su ciencia. Sostienen que el estado actual de cosas (incluyendo a la economía) conviene a ciertos sectores que sacan provecho de las ajenas muertes¹² del prójimo, y que por tanto no es posible crear una economía justa y humana. Sin embargo, creemos que las cosas han llegado hasta un punto tan crítico que incluso a los que hoy se benefician de la situación no les conviene que la práctica de la autodestrucción continúe. Finalmente, no creemos que haya tiempo par pensar si realmente se logrará algún día un planeta para todos. Debemos trabajar intensamente en construirlo.

Sabemos, por experiencia individual y por historias compartidas, las resistencias y silencios (distanciadores) que provocan siempre las ideas diferentes al orden aceptado. La mayoría hemos sido educados al compás de una crítica a una teoría en descalabro, acogiéndonos e incluso aportando a la nueva corriente que ha de reemplazarla. Tras estas luchas, sin embargo, se generaliza una tendencia a aferrarse a esas construcciones históricas. Después de ser revolucionarios intelectuales,

nos acogemos con tal fuerza a la nueva teoría, que es casi imposible desdoblarnos inocentemente para recibir nuevos bálsamos.

Como ya estableció Kuhn¹³, la realidad cambiante y el avance científico hacen aparentes las limitaciones del paradigma en boga, hasta desembocar en una crisis de paradigma. Los esfuerzos críticos y radicalmente creativos de algunos científicos terminan por proponer nuevos axiomas y teorías, que son superiores al anterior. La crisis es, por tanto, esencialmente constructiva. Pero, como apunta el mismo autor, los científicos que han trabajado fructíferamente en el viejo paradigma están habituados a él e incluso pueden sentirse emocionalmente atados a él; por lo general estos científicos mueren con su fe inmutable, y aún cuando se les confronte con evidencias irrefutables, se quedan en su terreno familiar, por erróneo que éste sea.

La nueva cultura que se gesta en el tercer planeta no constituye lo viejo con disfraz nuevo. Es una forma de vida radicalmente distinta desde todo punto de vista, que comienza por una nueva forma de pensamiento. Su característica más novedosa quizás sea su esencia antidogmática, ya que su existencia misma presupone un espacio permanente para la crítica y el cambio de acuerdo a la evolución humana.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Muerte no sólo del cuerpo físico, también en la concepción filosófica de Franz Hinkelammert.
2. Max Neef, et al: *Desarrollo a Escala Humana. Una opción para el futuro*. Development Dialogue, Número Especial, 1986. Dag Hammarskjöld Foundation-CEPAUR.
3. La sinergia fue primero reconocida por los químicos, cuando descubrieron que toda vez que aislaban un elemento de un complejo, o separaban átomos o moléculas de un compuesto, las partes separadas y sus comportamientos singulares no lograban explicar el comportamiento de todas las partes asociadas. En este sentido la sinergia connota una forma de potenciación, es decir, un proceso en el que la potencia de los elementos asociados (sistemáticamente) es mayor que la potencia sumada de los elementos tomados aisladamente. (Max Neef, et al, 1986).

4. Ver Rayén Quiroga Martínez: *Políticas y teorías de desarrollo en América Latina. El pasado y las perspectivas. Ciencia y Sociedad*. INTEC, Santo Domingo, julio-septiembre, 1990.
5. "Trickle down effect", que suponía que los frutos del progreso (arriba) caían tarde o temprano hacia los pobres (abajo).
6. Patricia Portocarrero, ed. *Mujer en el desarrollo. Balance y propuestas*. Lima, 1990.
7. Frijot Capra, físico, relaciona el viejo paradigma que en su ocaso agudiza sus negativas tendencias con el YANG del tao chino, al tiempo que surge la nueva cultura YING, humanista y ecológica. En *The Turning Point*, Bantam, NY, 1984.
8. Durante mucho tiempo tuve la impresión que aprender economía era equivalente a aprender un idioma, puesto que todo lo que se hablaba en español se podía traducir a ese lenguaje antojadizo. Pensé que era una duplicación innecesaria y gratuita hasta que me percaté de los irresponsables efectos de esta calistenia intelectual.
9. Citado por William J. Barber, en *Historia del Pensamiento Económico*. Alianza, 1967.
10. Max Neef et al, *op. cit.*
11. Max Neef, et al, *op. cit.*
12. En el amplio sentido (Hinkelammert).
13. *The structure of scientific revolutions*, 1962.